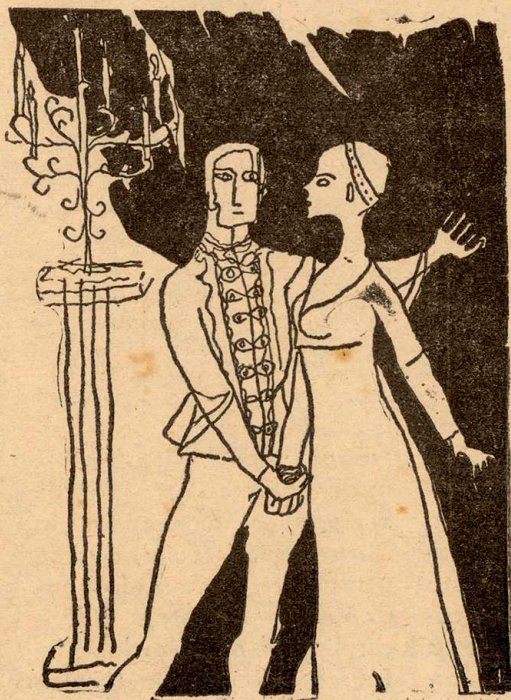


La enorme y delicada carga shakesperiana

por Sebastián Salazar Bondy



8

1174

En la puesta en escena de "Romeo y Julieta" que la AAA viene ofreciendo en el Teatro Municipal hay, aparte del aspecto puramente interpretativo —del cual los críticos se han ocupado cada cual según su criterio—, otras facetas que conviene destacar, puesto que, en nuestro medio, sirven para ilustrar determinados puntos que el autor de esta nota ha insistido en señalar en artículos y notas acerca de la escena peruana. En "Romeo y Julieta" de la AAA hay implícita una lección, ya que la presentación de una tragedia del gran isabelino no sólo constituye una empresa artística difícil —sobre todo para el director y los actores— sino también una experiencia de trabajo colectivo cuyo cumplimiento cabal exige ciertas condiciones previas adecuadas al quehacer creador.

Quienes estuvieron en la noche del estreno —oportunidad siempre en que, por natural disposición del ánimo, el control de todos y cada uno de los que intervienen es más débil— pudieron advertir que, como pocas veces, la acción en el escenario se desarrollaba sin vacilaciones, desajustes ni fallas. No es, por supuesto, el azar el que decide que una obra teatral fluya desde el primer momento hasta su culminación sin lagunas ni interferencias. Por el contrario, se trata precisamente de esa unidad impresa a todo el orden por un mecanismo consciente, lúcido y total. Tal mecanismo emana del director a través de dos valores que obligadamente ha de poseer: autoridad (tanto artística como moral) y capacidad unificadora.

Pero ni lo uno ni lo otro son efectivos si el conjunto desconoce otro valor que concuerda con aquéllos: la disciplina. Esta abarca desde la puntualidad hasta el estudio de la pieza y de sus personajes en función plural. En el conjunto incluimos, asimismo como es lógico, a todos los que de un modo auxiliar completan el espectáculo, desde quien se ocupa del vestuario y la escenografía hasta quien responde de las luces o el telón. El teatro es una "maquinación" y la puesta en escena, como la palabra española que designa a ésta lo expresa, un "montaje". Cada persona que participa en la obra es una pieza, y no una pieza yerta sino racional, lo cual le permite enmendar sobre la marcha cualquier amago de pérdida de la unidad. El desenvolvimiento de "Romeo y Julieta" en el tablado del Teatro Municipal nos demostró que todos los factores mencionados se daban con precisión. Ello, de hecho, es un anuncio —pues se produjeron no a raíz de una prueba sencilla sino nada menos que a propósito de una de las obras más complejas del teatro universal— de que nuestro teatro comienza a abandonar su etapa intuitiva y filodramática.

No se pretende decir con esto que no haya habido en los últimos tiempos realizaciones excelentes o cabales —nos las han proporcionado también Histrión, alguna vez Trilce, otras agrupaciones—, pero es imposible negar que en el caso de la AAA enfrentada a Shakespeare el trance incluía riesgos de puesta en escena de responsabilidad muy especial, escasas veces antes asumida por nuestros teatros. Conviene apuntar aquí que siempre, como en el caso de la AAA que se comenta, los frutos loables han sido consecuencia de los valores que, a nuestro juicio, procuran esa integración que hace de una representación teatral el logro unánime y racional de diversas voluntades y talentos dirigidos a una sola finalidad. O sea, producto de la autoridad directriz y la disciplina conjugada.

Aciertos y desaciertos artísticos puros devienen de facultades que nadie crea a gusto. Aciertos y desaciertos técnicos son indefectiblemente resultado de la decisión individual y colectiva de trabajar para la creación y no para sí. Es innegable que la AAA ha comprendido que el teatro se apoya en dos columnas y no ha querido que ninguna de las dos flaquee al peso de la enorme y delicada carga shakesperiana.